

DEJAR HABITAR / HACER ARRASAR*

Isabel Aísa

Universidad de Sevilla, España
assya@us.es

“Ser en unidad es divino y bueno; ¿de dónde entonces el afán entre los hombres de que tan sólo uno y una cosa tan sólo sea?”.
(Hölderlin)

Resumen

El filosofar puede *pensar* la unidad; en la unidad están las diferencias, pero comunicadas. La unidad acoge las diferencias sin negarlas: no las niega, pero las comunica entre sí. La cultura es la naturaleza que construye el hombre para poder existir en el mundo. Las culturas son diversas, pero pensadas desde la unidad están comunicadas y cuidadas en su diversidad. Tal pensar abre la posibilidad de un libre *hacer* esa unidad-diversa.

Abstract

Philosophy can *think* unity; differences are included in it, but communicated. Unity receives differences, not denying them: they are not denied, but communicated with each other. Culture is a nature that man builds, in order to be able to exist in the world. Cultures are varied, but when they are considered from the point of view of unity, they are both communicated and preserved in their diversity. Such a way of thinking makes a free *making* of this diverse-unity possible.

1. El tema: “Interculturalidad y conflicto” suscita en mí, antes que nada, el recuerdo de un número cómico, representado en televisión hace bastantes años, que me impactó y no he olvidado, a pesar del tiempo transcurrido y de mi escasa afición a esa clase de espectáculos. Si recuerdo bien, el actor era un cómico inglés y el número al que me refiero consistía en lo siguiente: sobre la cadena de una fábrica, se veían bustos de hombres *idénticos* entre sí, los cuales eran transportados sobre el mecanismo a ritmo regular y cansino. De pronto, entre ellos aparecía otro con los rasgos del có-

* Ponencia presentada en el VII Congreso Internacional de Fenomenología, “Interculturalidad y Conflicto”, organizado por la Sociedad Española de Fenomenología, en la Universidad de Salamanca (España), los días 28-30 de abril de 2004.

mico en contraste violento, debido al resalte en el conjunto de su pelo largo y rubio y, más aún, de los azulísimos y muy saltones ojos. La alarma sonaba atronadora y un brazo mecánico eliminaba al *intruso*, sacándolo de la hilera, que volvía a ser uniforme y a discurrir regularmente.

2. "Interculturalidad y conflicto" admite muy distintos enfoques; por ejemplo, social, histórico o político. Además, es un tema de candente actualidad. Ahora bien, ¿cómo tratarlo *filosóficamente*? Más aún, ¿sería el tratamiento filosófico "de candente actualidad"?

Reconocemos los aspectos sociales, históricos y políticos sin dificultad, prácticamente. ¿Y los filosóficos? Podríamos empezar por considerar que la Sociología y la Filosofía se sintetizan en la Filosofía social, que la Historia y la Filosofía también lo hacen en la Filosofía de la Historia, y la Política en la Filosofía política. Sin embargo, este arranque conciliador en realidad no ayuda mucho. Porque, ¿qué sería lo "filosófico" de lo filosófico-social, de lo filosófico-histórico, de lo filosófico-político?

3. Heidegger, cercano en el tiempo y esencialmente fiel a la Fenomenología, desmarca a la Filosofía de toda Teología, Ciencia y Técnica, sin titubear ninguno, si bien la acerca —aunque sin confusión— a la Poesía¹. Afirma que Filosofía es filosofar, lo cual no parece ayudar tampoco mucho a determinar lo propiamente filosófico, a diferencia de lo que no lo es. Heidegger, en realidad, nos deja solos: solos en el filosofar. Como si al dirigirnos a él para orientarnos, nos remitiera a *esa misma nada* en la que sumerge el temple de la angustia, cuando en ella los entes retroceden y nos encontramos, sin asideros ónticos, con nuestra propia y desnuda posibilidad. La Filosofía no es óntica sino ontológica, y lo ontológico no se deja encerrar en contenido objetivo alguno. Las formas verbales y los términos y expresiones del tipo:

¹ En lo que sigue, tomaré como referencias los siguientes textos de Martin Heidegger, incluidos en *Conferencias y artículos*, Barcelona, ed. del Serbal, 1994, trad. de E. Barjau: "Construir, habitar, pensar", pp. 127-142; "...Poéticamente habita el hombre...", pp. 163-178; "¿Qué quiere decir pensar?", pp. 113-125. Asimismo, tomaré como referencia, también de Martin Heidegger, *Introducción a la filosofía*, Madrid, Cátedra, 1999, trad. de M. Jiménez Redondo.

“nada”, “vacío que acoge”, “ser hacia la muerte”, “claro”, etc., sirven a Heidegger para describir sin traicionar el “qué” filosófico. Antes que un resultado, susceptible de recitación y receta, la Filosofía es algo ejercido.

4. Si todavía insistimos y preguntamos qué hacemos cuando filosofamos, Heidegger responderá que “pensar”. La respuesta parece no estar a la altura de nuestro tiempo e, incluso, no estarlo desde la Modernidad. ¿No sustituyeron los modernos el pensamiento por la acción? ¿Acaso no insistió en ello Marx cuando afirmó que el mundo debía transformarse en lugar de pensarse? Heidegger es, sin embargo, rotundo: el hombre habría actuado demasiado y pensado demasiado poco durante siglos y hasta el presente. No se trata sólo de actuaciones precipitadas por falta de sentido común, reflexión o razón, sino de actuaciones desfundadas, es decir, sin consideración al fundamento. Fundamento pensable es el ser; hemos actuado demasiado porque hemos pensado poco el ser y especulado excesivamente sobre los entes. La Filosofía habría caído en los dominios ónticos, olvidando su tarea. La consecuencia sería un desfundamiento en el vivir cotidiano y mundanal, porque el ser pertenece a los entes como su base o raíz.

5. ¿Qué tiene que ver todo lo anterior con el asunto: “Interculturalidad y conflicto”? ¿Cómo pensar dicho asunto?, ¿cómo abordar su ser? Si nos detenemos en el pensar, tal y como Heidegger lo considera, vuelve a sucedernos como con el filosofar: no sacamos “nada en limpio”. Basta con atender al texto “¿Qué quiere decir pensar?”. Buscar respuestas en él resulta inútil; justamente, Heidegger concluye con la pregunta del título: “¿Qué quiere decir pensar?”. Sobre el pensar no hay respuestas; hay únicamente el preguntar por él y el ejercerlo: “Llegaremos a aquello que quiere decir pensar si nosotros, por nuestra parte, pensamos”, comienza por decir Heidegger, el cual no pretende darnos respuesta alguna, sino lanzar a cada existente a la aventura del pensar. Pensar —no lo pensado— es el sentido del citado texto. Sin embargo, lo primero que nosotros esperábamos de él era una respuesta. ¿Hay respuestas filosóficas al problema: “interculturalidad y conflicto”?

6. La cultura tiene que ver con los humanos, y también los conflictos que ocasionan las diferencias culturales. Luego es preciso preguntar ahora en qué radica lo humano. Heidegger afirma: "Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar". Con ese "habitar", ¿no volveremos al mismo desamparo en el que Heidegger nos dejaba respecto del filosofar y del pensar? Pero hay más, pues afirma también: "Los dos modos del construir —construir como cuidar, en latín *collere*, *cultura*; y construir como levantar edificios, *aedificare*— están incluidos en el propio construir, habitar". Constatamos que "cultura" es un modo del construir, que construir es habitar, y que habitar es lo que significa ser hombre. Lo intercultural conflictivo nos remitió al habitar al comienzo de este apartado; ahora, el habitar nos remite a la cultura. ¿No hemos aterrizado en un círculo sin salida?

7. La cultura —cultivo, cuidado— es sólo un modo del construir —el otro es edificar—; además, construir significaba habitar "originariamente", es decir, sólo el "sentido propio del construir" es habitar, y con ese sentido acontece que "cae en el olvido", oculto detrás de las muchas y resaltantes realizaciones objetivas del construir. Perdidos en la multiplicidad sin fin y sin fondo, y, por tanto, desarraigados, no hay habitar, ni pensar, ni filosofar. Así las cosas, el círculo no significa necesariamente cárcel, sino puerto: siempre que insistamos en la pregunta por el auténtico construir, el construir que es el mismo habitar.

8. Heidegger pone como ejemplo de construcción un puente. Lo propio del puente es reunir, comunicar: orillas, río, cielo, hombres, ciudades, caminos...El puente acoge las diferencias sin eliminarlas. Construir es también cuidar: cuidar la tierra, los cielos, lo humano y lo divino. El cuidar es cuádruple; es cuidado de la "Cuaternidad", como dice Heidegger. El puente acoge la Cuaternidad y el cuidado es múltiple sin confusión. Esta multiplicidad es la que el edificar reúne cuando es habitar. Hombres son los que habitan. Habitar es un cuidado múltiple y, a un tiempo, unitario; es edificar dando lugar a ese cuidado.

9. La cultura a la que pertenecemos forma parte de nuestro habitar. Las diferencias culturales pueden salvarse, sin anulación, en el "habitar" que cuida y comunica. Para ello es preciso construir desde ese habitar y pensar para ese habitar. Heidegger apunta hacia un ámbito transcendental, en el cual las diferencias están como tales y, sin embargo, comunicadas. Ese ámbito es "la cosa misma", el "ser" que está presente, dejándolo nosotros ser en el habitar. Cuidar, construir, son, en definitiva, "dejar habitar". El construir científico-técnico y el pensar filosófico podrían conciliar la diversidad óptica y la unidad transcendental si dialogaran en el ejercicio de sus respectivas tareas. ¿Podemos esclarecer todavía esta cuestión?

10. Hombres *son* los que habitan. Sin embargo, habitar es una posibilidad, un *tener que habitar*. En él los hombres se juegan su ser. De ahí que Heidegger afirme, por ejemplo: "(...) *la auténtica penuria del habitar* no consiste en primer lugar en la falta de viviendas. La auténtica penuria de viviendas es más antigua aún que las guerras mundiales y las destrucciones". Son palabras de un filósofo, no de un político, por ejemplo; para comprender su sentido y su calado, hay que remitirlas al lugar desde el que se pronuncian. Ciertamente, la penuria del habitar es también la falta de viviendas, pero ésta no es la "auténtica" o radical. Penurias son también las destrucciones y las guerras, pero ellas tampoco lo son "en primer lugar". La auténtica penuria es que el hombre tiene que aprehender "primero" a habitar; es, en definitiva, la penuria del "morar". A ésta habría que remitir todas las demás y habría que atender antes que nada, si queremos dejar ser el habitar; es decir, dejar ser nuestro ser hombres.

Para concluir: El filosofar en Heidegger tiene como término el ser. Zubiri, en cambio, entiende que el tema del filosofar es, antes que el ser, la realidad. Las diferencias en ambas posturas son menos relevantes, en nuestra opinión, que su coincidencia. Tanto el ser como la realidad son transcendentales y, por consiguiente, capaces de comunicar las diferencias sin negarlas. Ahora bien, esa comunicación no basta.

Según Zubiri, la realidad es el transcendental por excelencia; además, todo lo real inexorablemente "es". Por consiguiente, las diferencias talitativas están siempre ya comunicadas en la realidad y el ser. Esta unidad comunicativa y transcendental decimos que es insuficiente; acaso podríamos expresarlo con estas palabras: es primera pero no es última. Los hombres hemos de configurar inexorablemente esa realidad y ese ser. En este sentido, no basta la unidad "primera", sino que nos compete otra posible, que es quehacer nuestro: una comunidad "última". No basta con descubrir la unidad en el ámbito transcendental, donde la misma ya está siempre; además, tenemos que traerla, por medio de nuestro propio construir, hasta el ámbito donde ella espera siempre ser lograda.

Para lograr esa comunidad última, el transcendental por excelencia ya no sería la realidad ni el ser, sino el *bonum* o bien. Sólo el bien puede remontar las diferencias, incluso en el orden de la verdad y la belleza, que son también transcendentales. Si la realidad es el primero y por sí mismo transcendental, como sostiene Zubiri, el bien sería la culminación de la transcendentalidad como tarea esencialmente humana. Heidegger esquiva las consideraciones éticas a favor de las ontológicas, pero en su "habitar", en su "dejar habitar", se escucha el latido de lo moral.

Terminaré con otro recuerdo. Un crítico musical, al que hace tiempo escuchaba semanalmente, acostumbraba a finalizar su programa en la radio con la siguiente frase: "Buscad la belleza, que es lo único que merece la pena en este asqueroso mundo". Quizás mejor deberíamos decir: "Busquemos el bien, como culminación de nuestro ser en el mundo".